

Colombia: el camino al gobierno militar

CUANDO el Presidente colombiano, Alfonso López Michelsen, decidió de manera inesperada, el 22 de junio último, levantar el estado de sitio impuesto un año antes, trataba de evitar la cristalización de un golpe militar que se anunciaba como inminente.

López Michelsen —quien en la década pasada encabezó el Movimiento Liberal Revolucionario, escisión dentro del Partido Liberal— pretendía con esta acción, por un lado, sustraer a la competencia de los Tribunales militares el gran número de casos que hasta el momento contemplaban, y, a la vez, dejar sin justificación legal el control que las Fuerzas Armadas ejercen de hecho sobre ciertas zonas del país.

Se diría que el Presidente, ante el poder que progresiva y abiertamente acaparan dentro de los órganos estatales, ha adoptado medidas tendientes a preservar su poder civil. Es que los ejemplos de Buenos Aires, Santiago y Montevideo, donde antes de la toma directa del poder por los militares, éstos habían sido asociados "voluntariamente" al Gobierno, deben ser tremendamente didácticos. Pero si bien López Michelsen parece haber tomado sus prevenciones, lo que es dudoso es que éstas hayan sido adoptadas a tiempo. En mayo último se denunciaba a la prensa que un grupo de 400 personas se encontraban detenidas en una base militar, acusadas de vinculación con la guerrilla.

La dictadura del café

Todos los signos parecen indicar que el proyecto electoral colombiano, que tantas esperanzas de reforma suscitó en 1974 cuando el actual Gabinete accedió al poder —con la mitad de los votos expresados en unas elecciones, a las que sólo concurrió el 40 por 100 del electorado—, parece haber desembocado en un callejón sin salida.

Las dificultades que afronta una de las últimas democracias (sic) latinoamericanas son, en contra de

lo que pretenden ciertos analistas, de una estricta coherencia en el contexto del capitalismo dependiente de América Latina.

La característica más destacable de la economía colombiana es su extrema vulnerabilidad a las fluctuaciones del mercado internacional. El 50 por 100 de sus exportaciones está constituido por un único producto —el café—, que para mayor gravedad tiene un comprador mayoritario: Estados Unidos. Este hecho se refleja lógicamente en la situación social y política, provocando cíclicamente graves tensiones sociales.

La imposibilidad de ampliar las exportaciones —ante el control del

mercado internacional por la metrópoli imperial— ha impuesto un tope quizá definitivo al actual proyecto de Gobierno reformista.

El desarrollo de la industria ha dependido básicamente del sector agro-exportador. Las fábricas son una extensión del cafetal, ya que nacieron cuando a los latifundistas les resultó conveniente ampliar su campo de beneficios, dándole un impulso a la industria de bienes de consumo llviano. En definitiva, el sector industrial ha estado siempre sojuzgado al sector agrario y dados los estrechos vínculos de este último con el imperialismo, podemos decir que no existe ningún tipo de cuestionamiento por parte de una *burguesía nacional* respecto a la tenencia anacrónica de la tierra, porque en verdad tal burguesía no existe.

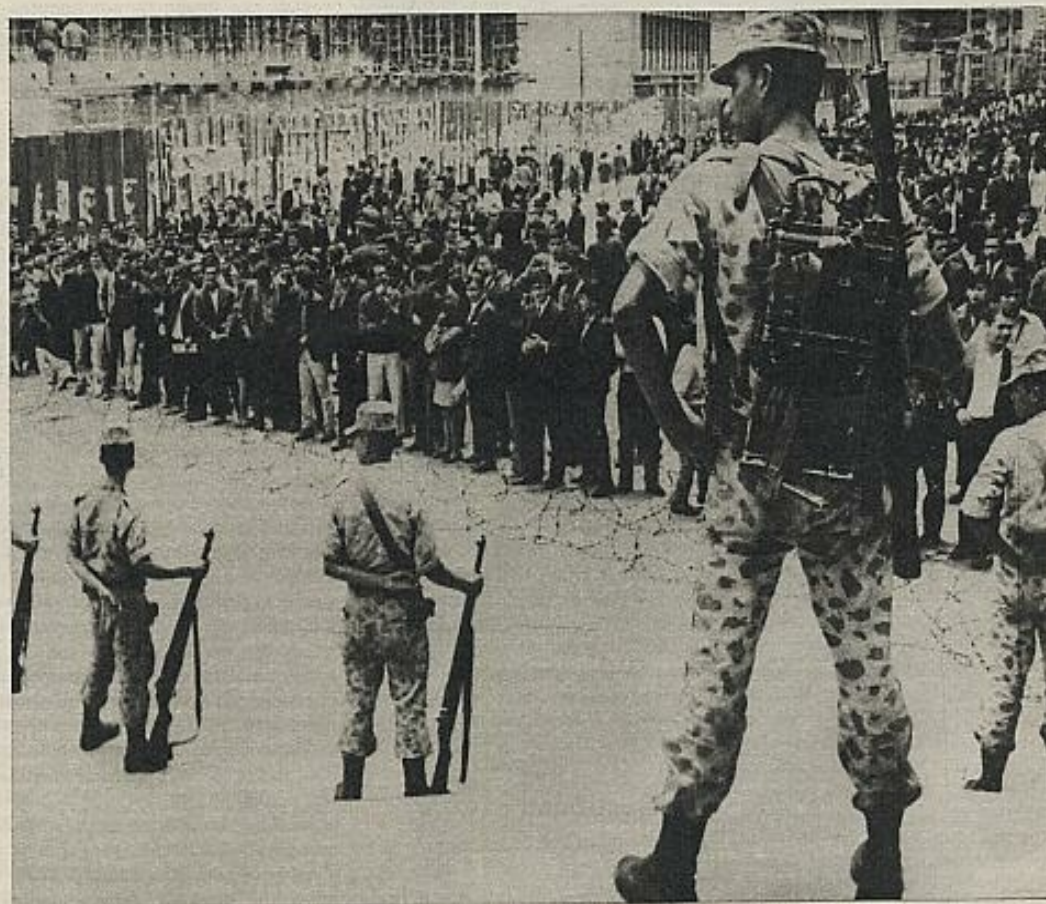
El café es la sangre del subdesarrollo colombiano. El 96 por 100 de las plantaciones son minifundios. La Federación Nacional de Cafeteros —controlada por los monopolios— manipula la comercialización. De esta forma, los trabajadores colombianos reciben tan sólo el 5 por 100 del precio total, mientras monopolios, intermediarios y Gobiernos absorben el 95 por 100 restante (1).

(1) *Las venas abiertas de América Latina*. Eduardo Galeano. Buenos Aires, 1973.

Un organismo tan poco sospechoso de subversivo como el CEPAL, llegaba ya en 1964 a la conclusión de que el café arrojaba más beneficios a los países metropolitanos (Europa y en especial USA) que lo consumidor, y para lo cual tienen montada una infraestructura de comercialización, que para Colombia y el resto de los países productores. Suba o baje el precio del kilo de café, en definitiva, mediante el intercambio desigual (materias primas baratas por manufacturas caras: cada año se ha comprobado que hacen falta más bolsas de café para adquirir las mismas maquinarias extranjeras), Colombia se empobrece más.

La proletarianización del campesino

Para la industria, el panorama no es halagador. El proceso de sustitución de importaciones que se desarrolla desde la década del 30 fue menor que en otros países, debido a un insuficiente mercado interno. Este hecho no se ha alterado. La estrechez de este mercado, con la consiguiente demanda restringida a un sector limitado de la población, integrado por la oligarquía, la clase media y en menor escala una porción "privilegiada" de



El Ejército, vigilante frente al pueblo, durante el mandato de Lleras Restrepo.



Una imagen de la miseria.

la clase obrera, no permite una expansión industrial suficiente. Además, es precisamente hacia esta élite de consumo hacia la que se orienta el capital extranjero, quien directa o indirectamente controla la industria colombiana, impidiendo su crecimiento al extraer el capital que sería necesario invertir para crear una industria de mayores proporciones.

El campesinado, o sea, el 70 por 100 restante de la población, se encuentra virtualmente marginado del consumo, pero es uno de los pilares básicos sobre el que se apoya la explotación. Sin posibilidad de acceder al crédito, con los precios manejados por los monopolios, el minifundista, por su parte, se ve condenado a la miseria. Basándose en teorías "desarrollistas" se intentó en la década del 60 un cambio en el sector agrícola, pero sin afectar a la estructura de la propiedad rural, en base a buscar aumentos de la productividad incorporando determinados consumos a ciertos sectores del campo y desechando otros por *improductivos*, tal como marcan los cánones norteamericanos. Esta "racionalización" ha acelerado la descomposición del campesinado como clase tradicional y no ha mejorado en nada su suerte. El colofón es la proletarianización agrícola y la emigración masiva a la ciudad, lo que acrecienta el número de desocupados y subempleados urbanos, sin que se produzca un correlativo aumento de los puestos de trabajo en la industria.

En la actualidad, más de un millón de trabajadores rurales cohesionados en la Asociación Nacional

de uniones campesinas exigen al Gobierno una efectiva reforma agraria, que éste prometiera, pero que se encuentra incapacitado de cumplir.

Oligarquía sindical y reformismo

Frente a esta situación, los conflictos sociales no pueden estar ausentes. El sector obrero se agita progresivamente. Dos franjas ya clásicas oponen el sistema a tal reacción: por un lado, el reformismo de los partidos de izquierda, en especial el Partido Comunista, que frente a la coalición burguesía imperialista-burguesía colombiana, con un Ejército siempre dispuesto a imponer lo oficial, impulsa una política parlamentaria de "oposición democrática". Por el otro, el nacimiento de una jerarquía sindical que utiliza la movilización obrera como factor de presión para negociar con el capital dentro de los límites que este último demarca para reproducirse.

En las zonas rurales crece paralelamente el descontento popular y la actividad guerrillera.

La lucha armada

En Colombia, los guerrilleros forman parte del paisaje. Pero antes de tomar las armas para liberarse muchos colombianos las usaban para el *bandidaje*, el cual tuvo inicialmente la forma de bandas armadas creadas por la oligarquía tradicional conservadora y la naciente burguesía industrial y mer-

cantil. Si bien la lucha entre ambas facciones fue prolongada y sangrienta, la Historia terminó por imponerse sobre la confusión y ambas se hermanaron en la explotación tiempo después, confirmando lo que antes se anotaba con respecto a la dependencia de la segunda respecto a la primera.

La guerra entre conservadores y liberales se denominó *la violencia*. Esta comenzó en los campos en 1930 y se recrudeció en 1948 —oportunidad en que se produce el levantamiento popular en Bogotá, al ser asesinado el líder liberal pro-



Alfonso López Michelsen: tal vez demasiado tarde.

gresista Jorge Eliecer Gaitán—. La situación se saldó solamente en la capital con más de 2.000 muertos.

El proceso del *bandidaje* sufre un "impasse" con el régimen populista de Rojas Pinilla (gran admirador de Primo de Rivera), recrude-

ciéndose a su caída. Con Alberto Lleras es cuando comienza la lucha armada revolucionaria.

La guerrilla llega a controlar zonas del país que son conocidas como Repúblicas Independientes y las cuales subsisten con autonomía y administración propia hasta finales de 1964, en que la ofensiva del Ejército, encuadrado, dirigido y logísticamente apoyado por USA las destruye. Desde entonces, los grupos armados revolucionarios adoptan una estructura móvil dentro de la táctica preconizada por el "Che" Guevara.

Es en esta coyuntura revolucionaria cuando ingresa a la lucha como combatiente del Ejército de Liberación Nacional, y cae, en 1963: un personaje mítico y controvertido: el sacerdote Camilo Torres.

En la actualidad, la guerrilla mantiene cierto control sobre algunas zonas rurales donde las fuerzas del orden oficial penetran ocasionalmente, pero sin controlarlas de forma efectiva.

El acuerdo alcanzado entre el ELN, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) (2) y el Ejército Popular de Liberación, y que fue denunciado recientemente por el gobernador de la provincia de Antioquia, parece ser la respuesta válida ante la unión de las distintas fracciones de la burguesía; unión que en cualquier momento puede sellarse por la fuerza de las armas del Estado.

Los mandos castrenses, pese a que afirman reiteradamente que la guerrilla no constituye una amenaza para las instituciones del país, dejan traslucir una preocupación que indica todo lo contrario, no sólo en lo relativo al campo nacional, sino al internacional. La arremetida de los grupos guerrilleros en Argentina inquieta a todos los generales, desde Washington a Buenos Aires. Ya en 1975, el comandante del Ejército colombiano, Alvaro Valencia Tovar, experto en contrainsurgencia, preconizaba la aniquilación de la guerrilla en colaboración con otros camaradas y batallones americanos. Para esta hermandad encontraría justificación el sistema ante rumores crecientes de que las FARC y el ELN son asesorados y reciben incluso armas de Montoneros de Argentina y Tupamaros de Uruguay. Las Fuerzas Armadas, apelando a uno de los clásicos estereotipos del autoritarismo, la "confabulación internacional", intentan justificar una progresiva escalada que los lleve al poder "dada la ineficacia del Gobierno".

Como un dato más de la agudización social señalemos la reapari-

(2) Comandadas por Manuel Manuella, alias "Tirofijo", a quien se dio por muerto muchas veces, de quien se ha dicho recientemente que está enfermo y que lleva más de veintidós años en la guerrilla.

ción de un grupo armado: el M-19. Surge a la luz caracterizado por la teatralidad el 17 de enero de 1974, cuando asaltó la casa, hoy museo,

de Simón Bolívar, llevándose la espada, estribos y espuelas del Libertador. En sus comienzos aparece como un grupo de derechas que reivindica a María Eugenia Rojas Pinilla, líder del movimiento creado por su padre, en un léxico de claras connotaciones castrenses. Tras

una larga inactividad vuelve a la acción el 11 de febrero de este año secuestrando al corrompido presidente de la Confederación de Trabajadores Colombianos, José Raquel Mercado, sobre cuya suerte se pide al pueblo de Bogotá que se pronuncie. Ante la aparición en las

12 de Octubre: América Latina

LA proximidad del 12 de octubre y el anunciado viaje de Juan Carlos a Colombia para la conmemoración de la fecha ha suscitado una serie de textos en relación con aquellos países y con el sentido de la Hispanidad. Ya es significativo que cuando allí se define toda el área con el nombre de América Latina o Latinoamérica, aquí se siga diciendo Hispanoamérica, o, en los casos de cierta audacia, Iberoamérica. Pienso que esa asincronía esconde ya una incompreensión. Porque aquí defendemos el nombre de Hispanoamérica mirando a la Historia, en función del pasado (Hispanidad, Fiesta de la Raza, etc.), mientras que allí la idea de América Latina se asienta en la afirmación contemporánea de una identidad distinta a la que encarna la América Anglosajona. Afirmación que, dada la intervención, directa o indirecta, de los Estados Unidos, podría tomarse por uno de los componentes de la lucha por la liberación. El hecho de que en las grandes capitales, de patrones de vida más europeos, el concepto de Latinoamérica fuera siempre más difuso —y digo fuera, porque Buenos Aires, Santiago y Montevideo dejaron de ser ciudades satisfechas—, sería, tal vez, una muestra del componente ideológico que hay en el término.

Sostener que en esa América Latina, en función del largo período colonial, subsisten una serie de valores de origen hispánico —empezando por la lengua— es una perogrullada que, como tal, está de más repetir a cada instante. En la relación colonial, la Metrópoli siempre saca más de lo que da; y lo que da es sólo el presupuesto que le permite sacar más. Antes, ahora y en todas las colonias del mundo. Así que, aun valorando mucho lo que dimos y no prestando la debida atención a lo que destruimos o malformamos, me parece que deberíamos aceptar llanamente, en el lenguaje político de cada día, el nombre que desde allí se nos propone. Es decir, el de América Latina o Latinoamérica. Nombre, ya digo, que tiende a romper el recuerdo de cualquier relación colonial —cosa que no ocurre con el de Hispanoamérica—, a afirmar la independencia cultural del presente, a

reconocer, sin embargo, una de las raíces culturales de la zona —pues hay otras, indígenas, que aquí siempre se han menospreciado— y a señalar el desarrollo de un proceso general, de signo antinorteamericano, a partir de la realidad actual de esos pueblos.

Da cierto rubor, la verdad, oír, por ejemplo, el programa que Radio Nacional dedica todas las noches a la audiencia latinoamericana. Mientras se pone música, se resumen las noticias de agencia o se comentan los resultados deportivos, todo discurre de modo habitual. En cambio, el programa navega entre borrascas al abordar lo específicamente latinoamericano. De pronto, por ejemplo, contestando a las cartas de los oyentes, la locutora declara: "No se lee bien el remitente. Parece que dice El Cuzco, El Cuzco, o algo así; esto último me suena". Afirmación que convierte automáticamente todas las consabidas frases de amor de la madre patria hacia sus hijos de ultramar en una patochada. Pero que —y esta es la importancia de la anécdota— revela, antes que la ignorancia ocasional de una locutora, la superficialidad de los mecanismos que, a los niveles de una emisora oficial, sustentan ese programa.

Otro ejemplo podría ser el folklórico programa que los reporteros de Televisión Española dedican, recientemente, a Guatemala. Situado ante un país arqueológica, histórica, étnica, arquitectónicamente tan rico, geográficamente tan bello y políticamente tan conflictivo, al realizador del programa no se le ocurrió otra cosa que sacar cantantes modernos y marimbas para alegrar las triviales imágenes. Más aún: cuando le explicaron que los indígenas de un determinado lugar adoraban a Santo Tomás, porque era el santo del día del solsticio y, por tanto, el pretexto de que se valieron sus antepasados para poder seguir adorando el sol y hacer las fiestas solares en sus fechas bajo la engañada mirada del invasor, el reportero siguió glosando —como en una retransmisión de Semana Santa española— la devoción tomista de aquella aldea guatemalteca, cuyos habitantes, por cierto, apenas saben unas cuantas palabras de español.

¿A qué seguir?

Pemán, entre una serie de opciones inocuas y académicas, decía la otra noche que América Latina había sido tierra de caudillos y de civilistas, y que ya era hora que ambos se pusieran de acuerdo para darle al pueblo su parte. Con ser comparativamente progresistas, las palabras del escritor eran ya anacrónicas. Porque lo que define la nueva etapa de América Latina —el concepto dinámico de lo latinoamericano— es, justamente, que buena parte de ese pueblo ya no se conforma con esperar. Y, con ingenuidad retórica en unos casos, con errores de cálculo en otros, contando a veces con una base decidida, perdiéndose a menudo en la pasión de los líderes y de las minorías estudiantiles, lo cierto es que esa nueva dinámica existe.

Es la que, abierta o soterradamente, pide a USA que se vaya de Puerto Rico y del canal de Panamá. La que hizo de América Latina, muy poco tiempo atrás, la tierra de las transformaciones inminentes. La que —por no aceptar las constituciones liberales, que permitían el eterno gobierno de unas pocas familias poderosas— ha obligado a los grandes intereses a llenar el Cono Sur de cárceles y tiranías.

Es lógico que la política española de hoy no pueda encarar el problema en esos términos. Pero una cosa parece clara. Háblese de Hispanoamérica con todos los acentos de la maternidad y de la raza, que, aun siendo un discurso viejo, no será contradictorio. O intente asumirse, impulsando el necesario proceso de solidaridad y de estudio, la América conflictiva, amordazada y vital de nuestros días. Lo que no se puede es seguir con la plática de siempre, introduciendo en medio algunas palabras democráticas.

Tal vez si no estuvieran tan amedrentados, si no hubieran optado —o tenido que optar— por el silencio protector, los muchos latinoamericanos exiliados que se han refugiado en España podrían enseñarnos a entender mejor aquellos países. Como un día buena parte del exilio español enseñó a muchos latinoamericanos a entender mejor España. ■ JOSE MONLEON.

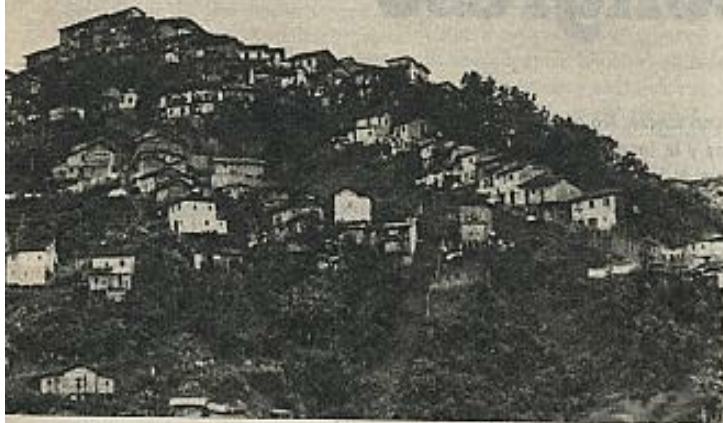


Arriba, paisaje del subdesarrollo. Abajo, el sacerdote español Domingo Lain con el jefe del Ejército de Liberación Nacional, Fabio Vasques, en la guerrilla. En Colombia, los guerrilleros forman parte del paisaje.

calles de la inscripción "Sí, culpable", Mercado fue ejecutado.

Los estudiantes y el terrorismo oficial

También los medios estudiantiles, con una tradición de combatividad, son otro foco de resistencia al Gobierno, que a comienzos de abril decidió la suspensión indefinida de la actividad docente y la ocupación militar de la Universidad Nacional de Bogotá. Al tiempo se abría —signo evidente— una Universidad Castrense a la cual podrán asistir civiles. El MOIR (Movimiento Revolucionario Estudiantil), que es calificado de pro-chino, parece ser el que juega un papel primordial en la agitación. A lo largo del año se han sucedido manifestaciones y huelgas de educadores. Así también otros empleados, como los bancarios, han manifestado su descontento. Se ha creado un clima de inestabilidad general. El 25 de marzo se llegó a la ocupación militar de las principales ciudades. En abril se acabó la libertad de prensa. También en este mes, y esto es sintomático de males mayores, nace un grupo parapolicial: el Escuadrón H-15. Sin embargo, las actividades parapoliciales no son novedad. Los asesinatos y atentados perpetrados por "desconocidos", a quien el Gobierno nunca atrapa, se han intensificado. El director de una de las víctimas: la revista *Alternativa*, el escritor Gabriel García Márquez, denunció como responsable directo al Ejército, cu-



personas, sobre una población activa de 13.000.000. Si consideramos los subempleados, los marginados, la cifra puede trepar muy alto. En el sector externo el aumento del precio del café en el mercado internacional y las malas cosechas brasileñas le han brindado a López Michelsen la oportunidad de hacer declaraciones optimistas. Sin embargo, las ganancias son de los monopolios y la oligarquía, no de los presidentes debilitados, y no le otorgan la *paz social* que se necesita para operar.

A todo esto se suma que el imperialismo decidió hace tres años que no se tocaran las enormes reservas de petróleo colombiano, guardándolas para tiempos peores. Así, hoy este país tiene que comprar esta materia prima con la consiguiente escalada en los precios.

convencer a los generales de que todavía les puede ser útil.

Habiéndose abstenido en las elecciones primarias del pasado abril en un porcentaje del 77 por ciento, la gran masa del electorado está marcando a su vez toda una situación de descontento frente a los dos partidos tradicionales y la consiguiente falta de opciones que ellos acarrearán. Referido a estos dos partidos es interesante lo que anotó Cardoso y Faletto (3): "El bipartidismo revela no un corte horizontal en la estructura social, sino una pugna incesante entre sectores de la clase dominante, es decir, de los grupos comerciales y exportadores en primer lugar y de los plantadores ligados a aquéllos". Sin embargo, con el tiempo, como vimos, ambos sectores constituyen un bloque homogéneo a la hora de la explotación. Esto queda aún más de manifiesto si leemos las declaraciones a la prensa del ministro de Gobierno, Cornelio Reyes, el 12 de marzo pasado: "*Con ocasión de los próximos comicios, vamos a estar de todas maneras, liberales y conservadores, por mucho tiempo en el mismo bando. La lucha ya no es entre nosotros, la lucha es con fuerzas que han advenido al escenario nacional después, con ideas distintas. Con patrocinios que no son de la tradición colombiana, a tratar de romper unas instituciones que ésas sí las vamos a tener que defender de todas maneras...*"

El futuro

Además de los detalles enunciados hay que sumar la tendencia a nivel continental que están imponiendo el imperialismo y la burguesía: no a los partidos políticos, sí a los militares que manejen el país con manos duras en función de la sobreexplotación de los trabajadores. La solución "peruanista" parece descartada, ya que por un lado los pocos oficiales partidarios de ella, ya habrían sido descartados de la institución, y por otro, porque asistimos a un paulatino desmonte de dicha experiencia en el propio Perú, lo que le resta credibilidad.

Entrampado López Michelsen y su Gobierno entre la revuelta popular en sus diversas manifestaciones, y los militares que desde dentro (la clase dominante colombiana) y desde fuera (el imperialismo) son presionados para desempeñar un papel protagonista que les fascina, una de las últimas administraciones civiles de América Latina puede derrumbarse mañana, o como mínimo convertirse en telón de un poder militar. ■ EQUIPO DE ESTUDIO DE AMÉRICA LATINA.

(3) *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México, 1969.



Los altos mandos habían pedido la clausura de dicho medio de expresión. El autor de "El otoño del patriarca" habló de "terrorismo oficial".

Inflación y miseria

Pero este clima de protestas y represión no es gratuito. Nace de

un deterioro de la economía (en tanto que la derecha alega que tal deterioro deviene de la inestabilidad social). El poder adquisitivo de la población ha descendido abruptamente. En el curso del año 1975 los precios ya habían aumentado un 17,5 por 100. El desempleo, según cifras oficiales, el mes de marzo de este año alcanza 700.000

Los límites del reformismo

Enfrentado a esta situación, el Gobierno de López Michelsen carece de respuestas, y ante la necesidad de mantener el estado de cosas se ha limitado a tomar medidas de "estabilización", como la reducción de los gastos públicos, y a